

Annuario Sancti Iacobi, 12 (2026), pp. 201-205.
e-ISSN: 3101-5816

D. José María. Ante todo, sacerdote

FATHER JOSÉ MARÍA. FIRST AND FOREMOST, A PRIEST

JOSÉ MARÍA PINTOS RECAREY
Párroco de San Fernando (Santiago de Compostela)

Recibido: 12/01/2026

Bien merece D. José María este homenaje por su trabajo de tantos años en el Archivo, en la Catedral y en tantos aspectos de la vida cultural y religiosa de Santiago. A mí me han pedido que trate sobre él como sacerdote y promotor de vocaciones sacerdotales. Lo hago como un deber de justicia y de gratitud a nivel personal y seguro de recoger el sentir de muchas personas que nos hemos beneficiado de su labor sacerdotal tantos años en Compostela.

Enseña el Concilio Vaticano II que el sacerdote promoverá las vocaciones sacerdotales con penitencia y oración. Fue esa una máxima en la vida de don José María Díaz Fernández, que ejemplarizó con una vida austera y siempre de la mano de la Virgen María. Era proverbial su devoción a la Virgen “*Siempre y en todo María*”. Recuerdo aquel cuadro que presidía el pasillo de entrada a su casa, una lámina de la Virgen de los Remedios, patrona de su “Mondoñedo natal” (como le gustaba decir) con unos versos de Berceo:

Todo home del mundo fara grand cortesía
qui fiziere sevicio a la Virgo María;
mientras que fuere vivo, vera plazentería
e salvará el alma al postremero día.

Conocí a D. José María cuando estudiaba en el Instituto Xelmírez (él todavía no era profesor) y me planteaba entrar en el Seminario. Desde entonces lo traté asiduamente, encontrando en él un verdadero padre, consejero, maestro y ejemplo sacerdotal, tanto durante el tiempo de formación, como de sacerdote mientras pudo atenderme y, cuando ya no podía, no dejé de visitarlo en Mondoñedo donde disfrutaba de la compañía de su hermano don Pedro que paternalmente lo atendió hasta su último aliento. Antes de irse me confió su deseo de que le concedieran enterrarse en el claustro de la catedral mindoniense, donde su hermano es canónigo para así seguir unidos en la espera de la Resurrección, pero que, si no pudiera ser, le gustaría que lo enterrasen en una sencilla tumba donde sólo se pusiera una placa que dijese “José María Díaz Fernández, sacerdote” y la fecha correspondiente sin más. Prueba y razón del título de este breve texto: “ante todo, sacerdote”.

Su labor sacerdotal en Santiago estuvo enmarcada en la capellanía de la Madres Mercedarias, a la que se entregó con verdadero afán, preocupándose tanto por las religiosas como por la conservación y mejora de la iglesia y convento. Con eso y su labor en la catedral al principio como vice-magistral y luego como archivero (tras sendas oposiciones) podría llenar su vida, sin embargo, se mostraba disponible para cualquier ministerio sacerdotal que se le ofreciera por humilde y sacrificado que fuera: Adoración Nocturna, Marías de los Sagrarios, Apostolado de la Oración, predicación de novenas, retiros, charlas de formación... Como pasaba muchas horas en el Archivo era frecuente que le avisasen de alguien que buscaba confesarse o algún otro servicio sacerdotal y, dejando el guardapolvo que usaba, allá se iba a atender a quien fuera.

Una de las actividades sacerdotales que más quería era la dirección de la Asociación de la Milagrosa. Se trata de una asociación de fieles (actualmente reconocida como Fundación de Interese Galego) que se había fundado en los años 20 con la misión de crear escuelas de carácter benéfico social. Actualmente gestiona el colegio de la Milagrosa en Santa Marta, un centro educativo de Infantil y Primaria con un claro ideario católico por el que vela la Fundación. Más allá de las preocupaciones por la gestión, lo que le apasionaba era ir mensualmente al colegio para confesar y celebra la Santa Misa para toda la comunidad educativa.

Lo acompañé en estas actividades varias veces como seminarista y allí comprobé su alma de buen catequista y pedagogo, algo que atribuía a la

influencia que recibió cuando estuvo en Segovia y trató de modo muy cercano a su obispo que, era nada menos que el gran catequeta D. Daniel Llorente. Decía que había sido una gracia especial de Dios tener en sus primeros años a aquel gran obispo. Muchas veces le oía decir que frente a todas las otras ocupaciones, la labor sacerdotal con la gente sencilla y con los niños era lo más genuino, lo que de verdad le llenaba el corazón y que la fama y honra del mundo no es más que humo, verdaderamente profético cuando miro atrás.

Este sentido sacerdotal se le notaba en las celebraciones donde siempre buscaba su verdadero sentido: culto divino, dignidad, belleza, solemnidad, participación de los fieles... Había sido un tiempo miembro del Consejo Nacional de Liturgia. Tuve la oportunidad de colaborar con él en la iglesia de las Madres Mercedarias donde un buen grupo de monaguillos colaboraba en la liturgia, allí se formaban en un sano ambiente de familia entre ellos. Con él aprendí de modo práctico el “arte de la celebración”. En estos tiempos de polarización litúrgica, sus enseñanzas resultan más oportunas que nunca. Algunos de aquellos niños y jóvenes, después de tantos años aún nos relacionamos y recordamos aquellas reuniones y las comidas a las que de vez en cuando nos invitaba con su proverbial generosidad y amenidad.

Cuantos lo conocieron saben que la predicación era algo para lo que tenía un don especial, dominaba los recursos de la oratoria, pero sobre todo sabía llegar a la gente hablando al corazón. Era elegante en el discurso, pero sobre todo era claro y concreto, sin buscar el plauso y sin quedarse en esas prédicas genéricas y ambiguas en las que tantas veces caemos los clérigos. Antes de que yo lo conociera había sido durante un tiempo profesor de Teología de la predicación en el Seminario, algún sacerdote que fue alumno me confirmó el interés con que los preparaba, incluso con sesiones prácticas en la iglesia de las Mercedarias. De una manera muy poco considerada dejaron de contar con él y no hubo ya formación en esta materia (se ve que no hacía falta). Algunos seguimos aprendiendo de él al escucharle y recibir sus consejos... Ojalá algo se nos haya pegado.

A su ser sacerdotal estaba unido de un modo natural su inquietud por suscitar vocaciones al sacerdocio, algo que en sus primeros años le había llevado a ingresar en la Hermandad de Operarios Diocesanos, cuyo carisma es precisamente este. Fue formador en los Seminarios de Alcorisa (Zaragoza) y vicerrector en el de Segovia. Tuve ocasión varias veces de comprobar cómo, después de muchos años, recibía visitas de antiguos alumnos que le recordaban con verdadero afecto y agradecimiento y como él recordaba nombres y detalles muy concretos de ellos. Una vez dejada la Hermandad siguió fomentando las vocaciones y somos varios los que recibimos su influencia en el camino hacia el sacerdocio. Un acompañamiento lleno de sentido eclesial, pastoral y de sensatez.

Sabía animar, pero siempre desde la verdad y el realismo por eso uno se sentía seguro con su ayuda paternal. Tenía un don especial para ayudar a sacar lo mejor de uno mismo y aunque fuimos muchos los que acompañó, no nos formó con un mismo patrón, de hecho, somos muy distintos en estilo, aunque con un fondo común que nos ha marcado para bien.

Esto lo hacía también con otros muchos jóvenes a los que trataba, alumnos y también universitarios que se acercaban a él sin ser necesariamente creyentes. Lo decía muy bien José A. Grela alumno suyo en el Instituto Xelmírez:

Agora, como filólogo que son, volviendo a vista atrás, entiendo que os bos mestres son aqueles capaces de espertar paixóns escondidas, talentos que un descoñece, intereses que estaban agardando por esa vocación, tan propia como descoñecida [“Panexírico a D. José María Díaz Fernández”, *Diario de Compostela*, 23/07/25].

Su celo pastoral estaba siempre a flor de piel y en cualquier ocasión buscaba hacer algún apostolado con las personas que se le acercaban o con las que tenía que tratar, soy testigo de las visitas que hacía a enfermos y sé de algún caso de personaje importante al que visitó en su última enfermedad por el aprecio que le tenía, pero con la intención de ayudarle espiritualmente como así aconteció.

Vivió el sacerdocio con gran alegría y un espíritu de pobreza evangélico que se notaba en su casa y... en su cuenta corriente, pero no en su generosidad y esplendidez porque como solía decir “para ricos no valemos y de pobres no pasamos”. Tenía un verdadero espíritu franciscano adquirido desde joven como terciario.

La Casa de D. José María era una casa de puertas abiertas donde se respiraba buen gusto, sencillez y pobreza y lo que más valoraba era aquel cuartito con ventana que daba al sagrario de la iglesia, comentaba con su gracejo: “como Felipe II en el Escorial”. Era un lugar donde pasaba mucho tiempo, aunque comentaba que alguna noche se le quedó la luz encendida y las buenas Madres Mercedarias se admiraban de lo mucho que rezaba el Padre capellán, como ellas le llamaban.

Ese espíritu franciscano se manifestaba también en su gran libertad de espíritu en un mundo donde tantas veces se cuida- y cada vez más -lo “políticamente correcto”. Él decía lo que debía decir a quien fuera: en la predicación en los artículos o a nivel personal, siempre con razones y si alguna vez erraba sabía disculparse y reparar con grandeza de alma.

Como hombre culto tenía una mente abierta a pesar de la idea que algunos se hacían de él. En cierta ocasión un sacerdote que había sido alumno al

encontrase después de muchos años con él le recordó lo mucho que agradecía sus enseñanzas sobre el Maestro Ávila (san Juan de Ávila) cuando nadie o casi nadie hablaba de él. Pero también le recordaba algunos principios y consejos propios de aquella época, D. José María, que se daba cuenta de que no pensaba así, sino que quería congraciarse con él con ternura, pero con firmeza y libertad de espíritu le contestó que “desde entonces yo también yo he leído algo”. Siempre practicó y animó a la formación permanente con vocación de renovación constante para mejor servir a todos.

Esta mente abierta le llevaba a poder conversar y tener amistad con gente de ideas muy diversas. José de la Riera publicó en su cuenta de *Facebook* el 21 de Julio de 2025 a la muerte de D, José María algo que lo refleja muy bien:

La editorial Xerais le envió la prueba del libro *Peregrinos* (1999) y *de motu proprio* pidió presentárnoslo él mismo en Santiago. El libro era hipercrítico con la Catedral (*mea culpa*) y, sin embargo, nos hizo una brillantísima (e inteligente) presentación. Ya no queda gente así, con semejante cintura y nivel intelectual. Desde entonces mantuvo una estrecha amistad (pese a divergencias) con Manuel Vicente y conmigo. Descanse en paz, se echa en falta gente de esa talla y sé lo que digo.

Por eso mismo también estuvo involucrado y promovió activamente el ecumenismo, considerándolo una parte vital de la fe cristiana, especialmente en el contexto del Camino de Santiago. Cada año celebraba en la iglesia de las MM. Mercedarias el Octavario por la Unidad de los Cristianos, curiosamente su última predicación en Santiago fue el octavario que le pedí en la parroquia de san Fernando.

Que sirva este pequeño homenaje como muestra de gratitud por tanto recibido de don José María, ante todo, sacerdote, pero también como invitación a todos los fieles y especialmente a los sacerdotes a ser apóstoles de las vocaciones sacerdotales, para que nunca falten jóvenes que respondan a la llamada del Señor para servir a Dios en los hermanos como sacerdotes.

Para nuestro homenajeado confío que la Santísima Virgen a quien “fizo servicio” le habrá salvado el alma en el “postremero día”.